



horror

LORA DEL RÍO

Lucía Montes, asesinada a puñaladas por su ex novio. Había en liza 3.000 euros; ella lo denunció pero no se sentía en peligro

¿Efecto imitación o pérdida del control?

La Delegación del Gobierno para la Violencia de Género sostiene que informar sobre crímenes machistas puede desencadenar otros; es decir, que existe el efecto imitación y que puede darse en un 25 por ciento de los asesinatos de este tipo, según las conclusiones de un estudio del Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad, elaborado por la Universidad de Granada. De ahí que se pida cierta contención a los medios. Es cierto que hay periodos de tiempo en los que los asesinatos de mujeres parecen ponerse de acuerdo, algo que no ocurrió el pasado fin de semana, pese a la terrible concentración de casos.

Sin embargo, los estudios anuales de las sentencias dictadas por homicidios/asesinatos en el seno de la pareja, que elabora el Observatorio contra la violencia doméstica y de género del CGPJ, donde se analizan uno a uno los casos ya enjuiciados, no avalan esa teoría ni esos datos. Sí aparece año tras año en cambio una circunstancia que se repite: cuando la víctima decide dejar la casa común, le cuenta que quiere separarse o que ha iniciado otra relación, es decir, cuando el agresor pierde el control sobre la mujer, este se rebela y se convierte en una bestia furiosa decidida a matar.

hacerle algo al coche», les comentó y decidió salir. Apenas tuvo tiempo ni de recriminaciones. Él sacó un cuchillo de cocina de entre sus ropas y no paró hasta matarla, mientras la insultaba. Entre quince y veinte puñaladas, una de ellas en el cuello. Sabet no se inmutó. De la estación se fue al cuartel de Lora y contó a los agentes que acababa de matar a su ex pareja. Habían pasado menos de 40 minutos. Ella pensaba que su vida no corría riesgo. Una semana antes, a sus 47 años, había sido abuela por primera vez y estaba feliz.

Lucía Montes, trabajadora del campo, igual que su asesino, tenía muy claras las prioridades de la vida: sus hijas y estar tranquila. Había vivido siete años con Francisco Javier Sabet en la casa de él, pero las cosas empezaron a torcerse. El pasado 13 de julio lo denunció ante la Guardia Civil por insultos, amenazas y coacciones. Se habían separado, él había vendido un coche propiedad de ambos y se había quedado con el dinero. Estaba en liza la cuenta común del banco: 6.000 euros. El ex novio quería su parte y no había acuerdo posible. «Putá, o me pagas lo que me debes o te mato», la amenazó en esos días. Ella no aguantó más y se lo contó a los agentes. En la denuncia, lo describió como introverso y antipático, pero dijo que no era celoso, ni tenía actitudes machistas.

Cuando le preguntaron si temía por su seguridad, Lucía respondió con un rotundo «no»; de hecho, rechazó una orden de protección. Lo único que quería, contó, era sacar sus cosas de la casa de él, pero Sabet había cambiado la cerradura y no la dejaba entrar. El sistema que decide la valoración de riesgo de las víctimas de violencia de género concluyó que este era bajo. No calibró, es imposible hacerlo, el rencor que él fue amasando. El 1 de agosto, Lucía tenía que haber ratificado la denuncia en el juzgado y no lo hizo. Sabet fue denunciado en 2002 por su primera mujer. En 2004 le condenaron a seis meses y le prohibieron acercarse a ella a menos de cien metros. No tenía antecedentes y no entró en la cárcel.

01.15 horas, Arona

Suena el teléfono. Luis Domingo Márquez Acosta, tapicero de 54 años, llama a su hijo en la madrugada del sábado al domingo. Le dice que pida una ambulancia y la mande a la casa familiar, en el barrio de Las Rosas de Arona. No le explica nada y cuelga. El hijo y otros familiares, que estaban de romería en Arico, a unos 20 kilómetros vuelven a casa. Cuando abren la puerta, encuentran a Luis con heridas de cuchillo en el pecho y el estómago. Su mujer, Clementina Morales González, de 38 años, está muerta, cosida a puñaladas en el salón. La otra hija del matrimonio, de cuatro años, duerme en su habitación.

La pareja y la niña habían regresado a casa a las once de la noche, después de pasar el día de fiesta en Arico con toda la familia. Luis había bebido bastante, pero ni habían discutido ni nadie percibió nada anormal. Dicen que él es un bebedor habitual, aunque no alcohólico. Clementina trabajaba en una guardería. Jamás lo había denunciado. Todos ignoraban que tuvieran problemas serios. El juez lo ha enviado a prisión, pero aún sigue ingresado en el hospital. Después de intentar suicidarse, llamó a su hijo para que lo evitara.



ARONA

Clementina Morales pasó el día de romería con su familia. Al llegar a casa, su marido la mató mientras la hija dormía

ros, de su primer matrimonio, ni la familia de Ester podían imaginar este desenlace. Ella había trabajado en una inmobiliaria y la conocía todo Vinaroz: «Tenía poder adquisitivo, amigos y una familia que la arropaba». Él, técnico de mantenimiento en un hotel y músico en una orquesta de verano, es descrito como «normal, trabajador y algo tímido» —más bien, extremadamente frío y calculador—, precisan los investigadores. Se negó a declarar ante el juez de Vinaroz, que lo envió a prisión por «homici-

dio doloso (violencia de género)». Quienes hablaron con él saben que no es un homicida, sino un asesino que planeó una vida alternativa en la que no cabía Ester.

23.00 horas, Lora del Río

Era sábado y Lucía Montes García iba a salir con sus amigas. Habían quedado en la estación de tren de su pueblo, Lora del Río para ir a Sevilla. Lucía aparcó y vio como su ex pareja, Francisco Javier Sabet Calvo, 44 años, se acercaba al turismo. «Este va a